

Gustavo Labarca Garat

Semblanza de Augusto d'Halmar (*)



HAZ años, cuando iniciaba yo la frecuentación de gentes de letras, Pedro Prado me invitó a tomar té en su casa de Viña del Mar.

En su conversación, el poeta filósofo recordaba viejos tiempos, cuando en el amplio espacio de la vida literaria de la época, se movía la generación de magníficos escritores a que él pertenece.

Prado mencionaba a Augusto d'Halmar como a uno de los canónigos de esa religión que inspiró una liturgia a «Los Diez» y a la «Legión Tolstoiana».

«El Ateneo» era el templo donde se celebraban los solemnes oficios y constituyó, en aquel entonces, la tribuna, el púlpito o el escenario, en que el autor de «La pasión y muerte del cura Deusto» pronunciaba sus charlas, con ese don, mitad oratorio, mitad histriónico con que sabe fascinar a los auditores que admiran su palabra tanto como su capa española, su gran figura y sus gestos sacerdotales.

Según Pedro Prado, la actuación de d'Halmar resultaba impresionante; parecía ensayada con anterioridad; primero,

(*) Esta semblanza fué escrita poco antes que falleciera el gran artista.

una venia profunda; luego, lentamente, como siguiendo prescripciones de rúbrica, el orador se quitaba la capa y, plegándola ceremoniosamente, iba a dejarla sobre una silla. En seguida, se descalzaba, dedo por dedo, los guantes blancos. Luego, reverente y emocionado, acercábase a la abuela que presidía la función y le besaba con ternura la cabellera de plata. Hacía un gesto para enjugarse las lágrimas, siempre oportunas, y, después de una nueva inclinación ante el público, comenzaba:

—Señores...

Pronto satisfice mi curiosidad por conocer al artista de estas representaciones: inesperadamente, me lo presentaron en una reunión. Cuantas veces me fué posible, en ese período, subí las escalinatas del Cerro Daneri para departir con el escritor en su departamento, circundado de jardines moriscos y dispuesto en el interior, a manera de camarote.

Una de aquellas tardes, d'Halmar me invitó a acompañarle en su cotidiano paseo por los alrededores del puerto. Me hablaba del atractivo de esos parajes que le eran conocidos hasta en sus menores secretos. Anochecía y, mientras en los confines del océano se apagaban los últimos fulgores del sol, iban encendiéndose las luces de los cerros y arrojando su reflejo sobre la espesura del agua. De pronto, mi acompañante se detuvo y señalándome, con el índice, un punto lejano en los encumbrados caseríos, me dijo:

—Desde allí, ¿ve Ud.? se contempla un espectáculo imponente. Si Ud. quiere una visión completa de barcos, de cerros y de estrellas, no deje de subir a ese mirador.

* * *

Años más tarde, encontrándome yo en Tokio, cierto día que almorzaba en la Legación de Chile, leí en un boletín noticioso de la patria, que se había otorgado el primer Premio Nacional de Literatura a Augusto d'Halmar. No pude contener mi alegría

y, a pesar de las dificultades, que para comunicarse con el exterior creaba la guerra, remití una felicitación cablegráfica. Desde entonces, suele decir al acordarse de este hecho, que nunca se imaginó que su triunfo daría la vuelta al mundo.

* * *

Respetando el orden de precedencia dentro de la jerarquía de valores literarios, me dirijo a d'Halmar para presentarlo, el primero, en esta galería de personajes, en la cual no ha figurado aún un escritor.

Habíamos convenido en el día y la hora; mas, a esa hora y en ese día, cayó la primera lluvia del año y, debido al increíble trastorno que esto causa en Santiago, me retardé por algunos minutos.

Peldaños incontables llevan al cuarto piso de la vieja casa, en calle Rosal. Arriba, al tocar el timbre, un ventanillo se abre y asoma fugazmente la faz del dueño de casa, quien, en seguida, se deja ver con la cabeza cubierta con la boina vasca, vistiendo un *fumoir* color burdeo.

Una luz muy clara alumbra la entrada y se esfuma cuando traspongo el umbral de la habitación. Al fondo, una lámpara amarillenta arroja débiles resplandores. Es necesario que la vista se habitúe a la penumbra para poder distinguir, sólo entonces, la curiosa variedad de objetos en espacio tan reducido. Es una simpática buhardilla al estilo parisién. Allí, en austeridad conventual, vive el primer escritor chileno.

Sin embargo, de su persona fluye una suerte de majestad, ante la cual las dimensiones materiales pierden toda significación; la multitud de filigranas, los bellos y valiosos cuadros con que ha disimulado los defectos de la alcoba, hermoseándola hasta transformarla en un rincón exquisitamente acogedor, parecen, en cierto instante, concederle prestancia al que mora bajo ese techo. Pero no es así. Es él quien comunica vida a esos objetos

y los hace hablar con su toque de refinamiento. El alma del artista se confunde con el alma de las cosas: un solo espíritu bate sus alas en la intimidad silenciosa del taller. El visitante, que advierte en los ámbitos del contorno una prolongación visible del cerebro del artista, se interesa por ellas, les formula preguntas y descubre, a través de su misterioso lenguaje, infinitos repliegues e inagotables matices.

Paseo mi vista por la estancia, en persecución de nuevos hallazgos; el escritor debe haber pensado que yo estaba retardando el comienzo de la charla y, no sin alguna impaciencia, me invita a que la iniciemos:

—Bueno, yo he venido más temprano, solamente para responderle a Ud. ¿Ha traído algún cuestionario?

—Prefiero conversar con Ud., para reconstruir en seguida, por escrito, nuestro intercambio. Me parece que así, la entrevista nace espontánea, con más sabor a realidad.

—Dejemos, pues, que la charla brote—replica d'Halmar, cerrando un tomo de cuentos húngaros que leía antes de mi llegada.

Me lleva, con sus palabras, a lugares remotos: la India, Argelia, Etiopía...

—Fuí huésped de honor de Menelick y permanecí algunas semanas en el Palacio Imperial, donde se me colmó de agasajos. Al partir, una escolta militar nos acompañó varios kilómetros a través de las dunas y, al terminar su cometido en el desierto de las Gacelas, lanzaron estruendosas salvas de foguero en honor de su visitante que, solo, en compañía de su criado, cabalgando su camello, proseguía su peregrinaje por la arenosa soledad del yermo.

—Y, ¿podrá Ud. creerme?—añade d'Halmar con sonrisa indiscifrable—en esas andanzas encontré al hombre más hermoso que he conocido. Era un esbelto etíope, de robusto torso; me persiguió para venderme un fusil. Le hice notar lo que en él me llamaba la atención y, el hombre, sonriendo, me demostró que mi

observación no le causaba sorpresa, como si por su boca, toda su raza se manifestara consciente de los atributos con que la adornara Dios.

D'Halmar se levanta para mostrarme fotografías de los paisajes africanos. Me invita a acercarme al otro lado de la habitación. Allí, prende la quinta o sexta de las muchas y diversas lámparas que tiene en su hogar. La luz se proyecta contra el muro cubierto por cuadros de Juan Francisco González.

—¡Ah!... Es mi predilecto. Como Ud. ve, tengo telas de todas sus épocas.

Luego de mostrarme las producciones del maestro, d'Halmar se anima mostrándome lo más valioso de sus pequeños tesoros: una colección de acuñaciones, copias directas de los originales desenterrados en diversas oportunidades y que representan figuras ilustres de la Roma antigua y del Renacimiento italiano.

Una nueva lámpara alumbra dos bocetos de Picasso, en los cuales puede apreciarse una curiosa y desconocida modalidad: líneas suaves y puras, clásicas. Un poco más allá, junto a la chimenea crepitante, una cabeza del escritor, burilada en bronce, se aísla en el rincón más callado y propicio al recogimiento. La leyenda grabada por el escultor, dice: «El bronce captó su forma; la palabra, su pensamiento; el tiempo, su obra».

* * *

A lo largo de la charla, con ayuda de los trofeos que aureolan la existencia de d'Halmar, su contextura crece y se agiganta en el concepto de quien lo escucha, efecto al que no es, de ningún modo ajena la conciencia profunda que el novelista y poeta tiene de su superioridad. Esta convicción de d'Halmar actúa cuando se refiere a los días en que fué huésped en la morada de Víctor Hugo; cuando enumera a las grandes siluetas intelectuales a quienes él conoció, con un tono que parece más bien recalcar

la importancia de que ellos lo hayan conocido a él; cuando señala con el índice sus propias fotografías y destaca la que él prefiere por sus líneas «especialmente puras»; cuando posa la vista sobre el estante en que, ordenadamente, se encuentra parte de sus obras empastadas en cuero, dando la impresión de que por su pensamiento cruza la frase de Shakespeare: «Para reposar en una tumba así, vale la pena morir».

La inmensa vanidad de D'Annunzio, exaltada por el burbujeo de su imaginación exuberante, palpita en el temperamento de Augusto d'Halmar.

Sin embargo, debo advertir que esta vanidad no es reprehensible: la de los artistas, es la más perdonable de las vanidades; diría, mejor, que es la única vanidad perdonable. El que levanta su pecho henchido de una vanagloria que no tiene otra justificación que la de un nombre sonoro o unas arcas repletas, merece el desprecio con que le mira la gente de espíritu y el ridículo en que le sitúa su pequeñez. Pero la ufanía de los que forjan obras de arte y, con dolor y goce, se esfuerzan por conferir expresión humana a las vibraciones de su alma, es comprensible y hasta simpática dentro de su poética candidez. Su sueño de grandeza, emerge del estupor que causa la presencia de esas facultades sobrenaturales en una envoltura terrestre; del vértigo que experimentan al sentirse émulo de los dioses.

Como el sublime irlandés, d'Halmar pone en su vida tanto genio como en sus obras. Sus anécdotas han adquirido relieve de leyendas; sus viajes maravillosos, alcanzan, a veces, los lindes de la fábula. González Vera se ha preguntado: ¿Dónde no ha estado d'Halmar? ¿Dónde ha estado?

Cuando sus amigos, en ratos de buen humor, aparentan poner en duda los episodios con que d'Halmar ilustra sus idas y venidas, les recuerda cuántas veces la realidad es más fantástica que la fantasía misma y suele agregarle las palabras de Gorki: ¿Qué importa que sea verdad o mentira lo que os cuento, si ello os entretiene?

Su donaire característico, no exento de solemnidad, le ha dictado algunas respuestas memorables. Una de ellas, se refiere a cierta recepción ofrecida por el director de una publicación, quien goza justa fama de avaro: más que las nobles funciones del periodismo, le preocupa el dinero que puede acumular invocando el prestigio de la prensa. En un momento dado, salió d'Halmar a la terraza, solo. Le siguió amablemente el director y con voz halagüeña le dijo:

—¡Qué agradable es gozar de la naturaleza y huir del tumulto!

D'Halmar, alzó su mano y describiendo un círculo en el aire, cual un pontífice que lanzara anatemas, le replicó entre severo e irónico:

—Para mí, señor, para mí es agradable la naturaleza; pero ¿qué sabe Ud. de gozar de ella? ¿Y por qué motivo ha de huir Ud. del tumulto?

* * *

Hemos dejado en su lugar los cuadros, las medallas y los libros. De nuevo, la luz amarillenta cerca de la chimenea, es la única que resplandece en el taller. El escritor tiene en sus manos un gran libro de poemas religiosos, un vía-crucis preciosamente ilustrado que la editorial de Henry Babou, habíale encargado primero a Paul Claudel y que confió después a Augusto d'Halmar.

El poeta me hace la reseña histórica de esta producción; luego me lee algunas páginas con su voz flexibilizada en mil matices que llenan de piadoso sentido los versículos de la estación del descendimiento de la cruz:

«Muerto se lo devuelve la vida y la Virgen lo mece en su regazo, envuelto en la mortaja como en un pañal; arrulla con su canturria al que no puede oírla; cubre con sus besos al que no lo siente y le habla quedo como temiendo despertarle. Hijo mío, le susurra: ¿Por qué te separaste de mí? Me arrancaron tu co-

razón y te quitaron la vida que te dí; sin embargo, para mí no eres sino un recién nacido.

«Descansa, mi Jesús; hay que velar su sueño como cuando le tenía en las rodillas para que reyes y pastores le adoraran.

«Ahora las estrellas se inclinan, curiosas de verle y, mudas, escuchan mi canción de cuna.

«Hay que disponerle el lecho y arroparle contra el frío.

«Cerraré la boca de tus llagas y las cicatrizaré con el hálito que me queda.

«Y bajo el manto, encubriré mi corazón para que no puedas ver cuán lacerado está».

Mientras d'Halmar recita los conmovedores pasajes del Calvario, admiro una vez más la musicalidad de su prosa, intachablemente estructurada y viene a mi memoria la sentencia oriental: «número perfecto es aquél que elimina hasta la idea de contar».

Sí. La perfecta composición literaria es también, aquella que elimina hasta la idea de la literatura y que, como el estilo de Augusto d'Halmar, no conserva trazas de esfuerzo ni de trabajo. La emoción que despiertan sus obras, surge como reflejo de su propia emoción y está por encima de los auxilios materiales que concurren en el acto de escribir; más bien parecen que éstos le estorbaran como el cuerpo estorba al alma en su libertad y en su fundamental pureza.

Al despedirme, d'Halmar, a propósito de su próximo cambio de domicilio, incide en un tema de su predilección; el de la muerte. Se refiere a la última morada, de la que ya «no es preciso mudarse».

En esta actitud serena con que el escritor contempla la fatalidad de la materia, advierto lo más valioso y fino de su carácter. Transparenta en sus palabras, la convicción sencilla, libre de énfasis, de que ha cumplido una tarea que no bajará con él a la tierra y que tendrá vida aún muchos años después de su viaje sin regreso. Como Horacio, Augusto d'Halmar, espera,

plácidamente, la hora de un quebranto todavía lejano y puede repetir, con entera seguridad, el pensamiento que exaltaba de goce al poeta latino en sus últimos instantes: «Non omnis moriar». No moriré del todo.